

# **Sobre Tierras Movedizas: Una Defensa De La Objetividad Situada Del Conocimiento Histórico**

Uncertain Territories: A Defense  
Of The Situated Objectivity Of  
Historical Knowledge

TRAZOS - AÑO VIII - VOL. I - JUNIO 2024 - e-ISSN 2591-3050

**Lucía Natalia Martínez Mayer**

Universidad de Buenos Aires. Cdad. Autónoma de Buenos Aires, Argentina.  
lunmartinezmayer@gmail.com

**Recibido:** 20 de mayo de 2024

**Aceptado:** 28 de junio de 2024

**TRAZOS - REVISTA DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA - AÑO VIII - VOL. I. - JUNIO 2024**

PÁGINAS 26-37 - E-ISSN 2591-3050

<http://www.ojs.unsj.edu.ar/index.php/trazos/>

INSTITUTO DE FILOSOFÍA - FACULTAD DE FILOSOFÍA, HUMANIDADES Y ARTES - UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN JUAN

**Resumen:** Una crítica común a la aproximación narrativista del conocimiento histórico propuesta por Hayden White es que desafía las pretensiones epistémicas de la disciplina. En respuesta, algunxs autorxs han intentado distanciarse de ese supuesto matiz literario para proteger el conocimiento histórico de los “peligros” del relativismo o el escepticismo. Sin embargo, tomando en cuenta los aportes de Scott, que permiten concebir la experiencia en sus dimensiones lingüística, histórica y política; las contribuciones de Kellner al narrativismo, que permiten reflexionar sobre la dimensión retórica y el carácter productivo del lenguaje; y la noción de objetividad encarnada y situada propuesta por Haraway en oposición a formas de totalización o relativismo, podemos argumentar que tal “rescate epistemológico” no es necesario. Por tanto, el trabajo propone considerar el giro narrativista como una invitación a asumir la(s) historia(s) que contamos y a reconocer el carácter a la vez objetivo y disputable del conocimiento histórico.

**Palabras clave:** CONOCIMIENTO HISTÓRICO - OBJETIVIDAD ENCARNADA-NARRATIVISMO.

**Abstract:** A common critique of Hayden White’s narrativist approach to historical knowledge is that it undermines the epistemic claims of the discipline. In response, some scholars have sought to distance themselves from this supposed literary bias to safeguard historical knowledge from the “dangers” of relativism or skepticism. However, considering Scott’s contributions, which enable us to understand experience in its linguistic, historical, and political dimensions; Kellner’s insights into narrativism, which reflect on the rhetorical dimension and the productive nature of language; and Haraway’s concept of situated and embodied objectivity in opposition to forms of totalization or relativism, we can argue that such an “epistemological rescue” is unnecessary. Therefore, this work proposes viewing the narrativist turn as an invitation to take responsibility for the histories we tell and to recognize the simultaneously objective and disputable nature of historical knowledge.

**Keywords:** HISTORICAL KNOWLEDGE - EMBODIED OBJECTIVITY - NARRATIVISM

¿Y qué dicen los pájaros?  
 Todo lo que hay para decir sobre una matanza,  
 cosas como, "Pío-pío-pi".  
 — Kurt Vonnegut, *Matadero Cinco*

Según señala White, Berel Lang considera que nuestra primera respuesta ante el Holocausto debería ser mantener un silencio respetuoso y no utilizar el genocidio para la escritura ficcional ni poética (White, 2003). En definitiva, ¿no sería la figuración y la estetización de eventos como este una invitación a desviar nuestra atención de la atrocidad que les es propia? ¿No sería cualquier relato una forma de distorsionar los hechos, una forma de distanciarnos, a partir del uso de un lenguaje figurativo, de lo que verdaderamente ocurrió? Kurt Vonnegut hace un señalamiento similar y afirma que “no hay nada inteligente que decir sobre una matanza” (Vonnegut, 1991, p. 24). La principal diferencia es que la afirmación de Vonnegut es enunciada por la voz narradora que se encarga de contar lo sucedido en el bombardeo de Dresde, en su famosa novela satírica de ciencia ficción, *Matadero Cinco*.

En la novela, Vonnegut nos ofrece al comienzo una serie de páginas, donde, a través de la voz narradora, nos cuenta algunas de las dificultades, dudas y casualidades que resultaron en la versión final del libro. Allí, resulta interesante una escena particular en la que Vonnegut se encuentra con un compañero de guerra, Bernard O'Hare, y su esposa, Mary. Mientras conversan, Vonnegut no puede evitar notar que Mary está enojada y, por algún motivo, él parece ser el culpable. Lo que sucede es que Mary sabe que Vonnegut piensa escribir un libro sobre lo ocurrido en Dresde, sabe que ellos eran tan solo unos niños cuando fueron a la guerra y está convencida de que, en el libro, esto no será descrito de este modo. Mary creía que las guerras eran promovidas por los libros y el cine, que, distorsionando los hechos, buscaban representar a los niños con actores como John Wayne y hacían de la guerra un espectáculo maravilloso. Vonnegut le promete a Mary que eso no sucederá y le pone de nombre alternativo a su libro *La cruzada de los niños*.

En algún punto, creemos que Lang comparte ciertas inquietudes con Mary O'Hare. Una de las cuestiones que emergen en el análisis de Lang involucra una preocupación legítima por los efectos que puede producir “la caracterización figurativa de acontecimientos reales” (White, 2003, p. 201). Le preocupa “dar una imagen equivocada del tema” (White, 2003, p. 203) y que se tergiversen de este modo sus aspectos esenciales. En definitiva, los relatos parecerían no ser adecuados para narrar este tipo de acontecimientos intrínsecamente “anti-representacionales”<sup>1</sup> (White, 2003). Ahora bien, ¿es el discurso figurativo tan distinguible del discurso literal que, según Lang, habría de utilizarse para contar este tipo de

1 . Si bien la postura de Lang involucra no solo el rechazo de la ficcionalización de este tipo de hechos históricos, sino, propositivamente, la idea de una escritura intransitiva como modelo posible para su representación (White, 2003:207), nos interesa particularmente su oposición al discurso figurativo y sus posibles distorsiones para centrarnos en los supuestos ontológicos y epistemológicos que, en el marco de este trabajo, pretendemos abordar.

hechos? ¿Conduce el narrativismo indefectiblemente a un tipo de relativismo? ¿Todo relato implica una distorsión que conllevaría a la pérdida de objetividad?

En el presente trabajo nos proponemos analizar en qué medida las narrativas históricas permiten, o no, obtener un conocimiento objetivo del pasado. Así, en contraposición a autorxs que buscan distanciarse de ese dejo literario e impositivista para salvar el conocimiento histórico de los “peligros” de este tipo de concepciones, nos preguntaremos si este rescate epistemológico del conocimiento histórico, de su legitimidad y objetividad, es tan necesario como algunxs suponen. Tal vez la distorsión no atente contra la posibilidad y objetividad del conocimiento histórico, tal vez no haya nada que se encuentre en peligro. O, tal vez, el conocimiento sea siempre una apuesta peligrosa y sea hora de hacernos cargo.

### **Conocer el pasado o de cómo construir un mapa sobre tierras movedizas**

Imaginemos, en primer lugar, un mapa cualquiera. Generalmente, los mapas pretenden representar un determinado territorio de manera objetiva y, para hacerlo, necesariamente excluyen aspectos del territorio que buscan representar. En la mayoría de los mapas, las ciudades aparecen como puntos, los mares y ríos no tienen peces y las fronteras de los países están claramente delimitadas por unas líneas de colores. Danto señala dos tipos de problemas que surgen con los mapas: en primer lugar, son necesariamente incompletos; y, en segundo lugar, al cambiar los territorios, quedan desactualizados (Danto, 2014). Ahora bien, Danto propone que imaginemos una “descripción total” de un suceso E, una serie de oraciones que, en conjunto, enuncien todo lo sucedido en E (Danto, 2014). Tal como sucede con los mapas, existiría un isomorfismo entre la descripción total y el evento que esta describe.

Sin embargo, a partir del análisis de lo que denomina “oraciones narrativas”, Danto muestra que una “descripción total”, lejos de aparecer como el paradigma de un conocimiento histórico objetivo e ideal, “no satisface adecuadamente las necesidades de los historiadores” (2014, p. 211). En definitiva, un suceso E puede tener múltiples descripciones, parciales, distintas y a la vez verdaderas, según este sea puesto en relación con sucesos diferentes. Así, siguiendo la analogía del mapa, nuestro territorio *podría* cambiar, en tanto cambien nuestros criterios de relevancia y la ubicación de nuestro suceso E en las estructuras temporales a partir de las que organicemos ese pasado que buscamos representar (Danto, 2014).

Ahora bien, siguiendo a Mink (2015), creemos que el territorio que presupone Danto en su acercamiento representacionista al lenguaje y al conocimiento histórico es un territorio fijo y no es otro que el de la Historia Universal. El territorio de Danto tiene sucesos, que aparecen como ciudades, y rutas que el historiador se encarga de trazar, que van de unos sucesos a otros, revelando conexiones en esa cuadrícula que constituiría el Pasado mismo. Es cierto que para Danto el Pasado cambia, a veces, cuando se introducen nuevas descripciones para un su-

ceso, pero sin el presupuesto de la Historia Universal, sin considerar a la Historia como un relato no contado, no habría forma de afirmar que dos descripciones diferentes refieren realmente a un mismo acontecimiento (Mink, 2015). La pregunta que podemos hacernos, entonces, es qué queda si abandonamos este supuesto implícito que permite concebir descripciones estándares de acontecimientos y un pasado determinado: ¿qué sucede si abandonamos la tierra firme de la Historia universal? ¿Qué mapa podemos construir sobre tierras movedizas?

Mink afirma que los “acontecimientos” no son la materia prima a partir de la que las narrativas se construyen, sino que “todo acontecimiento es una abstracción lograda a partir de una narrativa” (2015, p. 208). En este sentido, *qué* es lo que cuenta como un acontecimiento, su complejidad, carácter y duración, solo se tornaría inteligible en función de las estructuras narrativas particulares que elegimos. Para Mink, entonces, la narrativa sería “una forma primaria e irreductible de comprensión humana” (2015, p. 191), pero esto no quiere decir que nuestra vida, ni el pasado, tengan una forma narrativa: no habría una realidad histórica determinada que deberíamos *descubrir* a partir de la investigación, sino que seríamos nosotros quienes tendríamos la responsabilidad de tornar inteligible ese pasado, de determinarlo y tornarlo significativo, a partir de los relatos que contamos (Mink, 2015).

Esta idea, también sostenida en cierto sentido por White, acerca de que no es posible encontrar una significación o una interconexión entre los hechos históricos independientemente de cualquier narrativa ha llevado a ciertos autores, como Carr (1986) y Zagorin (2002), a criticar sus posturas. Carr, por ejemplo, se ha opuesto tanto a las afirmaciones de Mink que conducirían a conclusiones escépticas, como a la propuesta de Hayden White que, según él autor, no haría otra cosa que abrazar esas conclusiones descaradamente (Carr, 1986). Así, la perplejidad que buscaba causar Mink a la hora de analizar las características y paradojas de las narrativas históricas parecería haber llevado a Carr y otros autores a considerar su planteo como un ataque a toda pretensión epistémica. Si, en tanto histórica, tiene una voluntad de representar una parte real del pasado, pero, en tanto narrativa, se trata de un producto de la imaginación del que no podemos predicar verdad o falsedad, parecería, según Carr, que la narrativa histórica es para estos autores un mero artefacto cultural, literario y extraño a lo real (Carr, 1986). Y es ese hiato entre narrativa y realidad, esta discontinuidad que invita a pensar en imposiciones y distorsiones, la que Carr pretende poner en cuestión para devolverle a la narrativa histórica sus pretensiones epistémicas y poder afirmar lo que nos interesa: que el conocimiento histórico es posible y que una narrativa puede ser verdadera y objetiva. Es momento de analizar esta defensa de la cartografía.

Para argumentar a favor de la continuidad entre narrativa y realidad, Carr retoma, entre otros elementos, las descripciones fenomenológicas del tiempo de Husserl, y la estructura, y el lenguaje de la acción y afirma: las vidas no son vividas y los relatos no son contados, sino que los relatos son contados al ser vividos y vividos al ser contados (Carr, 1986). De alguna manera, rescatar cierto isomor-

fismo entre experiencia y narrativa, entre el pasado y nuestros relatos, permitiría pensar un tipo de correspondencia que nos devolvería nuevamente un territorio, sino firme, al menos, estable. Ahora bien, más allá de las complejidades que puedan surgir respecto a concebir una experiencia, aparentemente ante predicativa, como “narrativa”, más difícil nos resulta vislumbrar por qué tal correspondencia entre narrativa y experiencia podría salvar al conocimiento de un posible escepticismo: ¿no podemos preguntarnos, todavía, si acaso la narrativa que elijamos no distorsiona esa experiencia, narrativamente estructurada? ¿Cómo saber si el relato que tramamos es el verdadero, el que da cuenta objetivamente de una experiencia histórica?

Creemos, sin embargo, que estas preguntas escépticas no son tan legítimas como parecen y, al mismo tiempo, que la propuesta de Carr tal vez sea una solución a un problema que no tenemos. Tal vez la discontinuidad que le preocupa no nos impida construir un mapa sobre estas tierras movedizas. O, tal vez, esa discontinuidad sea también un producto de nuestra imaginación.

### **Conocer sin fundamentos o de cómo aprender a naufragar**

Frente a la caracterización de la narrativa histórica de parte de autorxs como Mink, lxs reificadorxs de la trama como Carr buscaban anclar el conocimiento histórico a un fundamento sólido, en este caso, nuestra *experiencia*, ya estructurada narrativamente, y así fundamentar la posibilidad de que una narrativa, entendida como representación, pudiera ser considerada verdadera y objetiva. Ahora bien, es este intento de anclaje el que, a partir de los aportes de ciertas historiografías y epistemologías feministas, debemos empezar a cuestionar.

Joan Scott señala que la historia ha sido mayormente un discurso fundacionista. Es decir, sus explicaciones solo podían tornarse inteligibles si se daban por sentado ciertas premisas, categorías o supuestos que, en tanto fundamentos, eran considerados permanentes, trascendentes e incuestionables (Scott, 1991). Uno de esos fundamentos, según Scott, es el de la “experiencia” y Scott se encarga de criticar esta defensa de la “experiencia” como algo irreductible: no es necesario establecer un reino de realidad por fuera del discurso para autorizar el conocimiento histórico. Tal vez no exista tal reino. La pregunta que nos invita a realizar Scott es, entonces, ¿cómo ha sido forjada esta ancla de la que algunxs se pretenden aferrar? ¿Y qué si nuestro navío resulta estar hecho, también, de palabras?

Lejos de ser autoevidente, aquello que cuenta como experiencia es siempre una interpretación y, al mismo tiempo, algo que necesita ser interpretado (Scott, 1991). En este sentido, si hay continuidad entre la experiencia y el discurso no es porque, como intentaban señalar Carr, haya un tipo de isomorfismo entre ambos, sino porque no existe tal cosa como una separación. Ahora bien, decir que todo sujeto está constituido discursivamente y que toda experiencia es un evento lingüístico, no implica introducir una forma de determinismo lingüístico ni es una

manera de quitarle a la experiencia su lugar en la producción de conocimiento. Al contrario, para Scott, se trata de reconocer que la experiencia es la historia del sujeto, que el lenguaje es el lugar donde se hace la historia y que, de este modo, ninguna explicación histórica puede pretender separarlos (Scott, 1991). No hay que abandonar la experiencia, sino historizarla para descubrir las posibles significaciones que la articulan y hacen posible su emergencia; no se trata de resolver las contradicciones introduciendo “lo literario” en el proyecto histórico, sino de reconocer que tanto las contradicciones como “lo literario” están ya inscriptos en el proyecto histórico mismo y es hora de hacernos cargo de las posibilidades de análisis que surgen si reconocemos el efecto productivo de los discursos. Así, a partir de esta aproximación crítica al conocimiento histórico, resulta posible pensar más allá de imposiciones, distorsiones y mapas mal hechos: la producción de conocimiento sería una apuesta lingüística, política, inestable y en permanente disputa.

Ahora bien, dirán algunxs, un conocimiento con fundamentos inestables como el que propone Scott no puede sino ser un oxímoron o una tragedia. Como parece sostener Zagorin (2002), este afán “posmodernista” solo puede derivar en el escepticismo o un relativismo endémico que atentaría contra la posibilidad de tener un fundamento sólido para sostener posturas morales y políticas a favor de las que lxs propixs intelectuales posmodernistas pretenden argumentar. Y no solo eso, sino que, como vimos, también se llevaría por delante toda pretensión de obtener un conocimiento objetivo que tenga algún tipo de interés por la verdad o, por lo menos, por la verdad que, según Zagorin, interesaría a lxs propixs historiadorxs. Tal como señalaría Himmelfarb en sus críticas al “posmodernismo”<sup>2</sup>, la *verdad* que parece estar aquí comprometida sería aquella verdad producida específicamente por la investigación y escritura histórica (White, 1999). Para Zagorin, entonces, el objetivo principal de cualquier investigación histórica debería ser *comprender* los pensamientos, valores, culturas e instituciones del pasado y los cambios que han atravesado las sociedades humanas a lo largo del tiempo (Zagorin, 2002) y, al introducir aspectos constructivistas y elementos de “lo literario”, solo se estaría empañando una empresa de análisis y síntesis que, de hecho, ya estarían llevando adelante lxs historiadorxs. Así, siguiendo a Himmelfarb, el posmodernismo, más que un impulso liberador que lleve a formas superadoras de investigación parecería conllevar la negación de la propia disciplina (White, 1999).

Ahora bien, si para Zagorin la tarea de la investigación histórica debería ser *comprender* las instituciones, culturas y pensamientos del pasado, podríamos preguntarnos ¿dónde, sino en los escritos de lxs historiadorxs, habríamos de encontrar aquellas instituciones, culturas y pensamientos? A partir de los aportes de Hans Kellner, podemos considerar que la “historiografía como espacio de prácticas es un acto comunicativo basado, antes que nada, en la *lectura*” (Lavagni-

2 En tanto Himmelfarb considera “posmodernista” la negación tanto de una realidad “esencial” como de una correspondencia entre lenguaje y realidad, creemos que las posturas críticas y constructivistas que hemos analizado bien pueden caer bajo este término que, sin embargo, tiene muy variadas connotaciones.

no, 2019, p. 121). Pero esto no significa que debamos caer frente a tentaciones “textualistas” que, según sus críticos, puedan derivar en problemas ontológicos y epistemológicos que conciernan a la realidad del pasado y su inaccesibilidad. No tenemos frente a nosotrxs únicamente textos y lenguaje y no estamos negando, como tampoco lo hacía Mink, la existencia de hechos históricos. Por el contrario, Kellner afirma que tenemos a disposición una enorme cantidad de evidencia histórica y ese es justamente nuestro problema. Ahora bien, tal evidencia no se trata de un “material bruto”, sino de información que, como tal, debe ser producida y codificada (Lavagnino, 2019). Y es este horizonte ya codificado de información el que aparece como sedimento, el que está disponible para ser (re)apropiado: este sedimento forma parte de lo antecedente y es lo que habilita cualquier lectura “torcida”, cualquier comprensión alternativa posible.

Resulta especialmente interesante, entonces, que estos actos de apropiación, estas *lecturas*, generan *pasajes*, codificaciones y transiciones de lo que antecede, que no pueden evitar estar signados por una duplicidad que les es propia, producto de la elisión: al expresar alegóricamente, al significar y callar significados que constituyen la tensión misma que atraviesa toda lectura, estas apropiaciones no pueden sino conducir al *naufragio* (Lavagnino, 2019). Pero es necesario remarcar que estos naufragios, estos “fracasos” que recorren la historiografía, no implican la destrucción de la disciplina, sino que constituyen, justamente, el sedimento sobre el que constantemente construimos sentido, sentido que solo podemos reconocer como producido y generado en la medida que sea confrontado y disputado por nuevas lecturas y apropiaciones que se dan en el marco de un horizonte retórico (Lavagnino, 2019).

Así, llegamos a un punto clave del análisis para adentrarnos en el problema de la objetividad del conocimiento histórico. Si los sedimentos sobre los cuales navegamos no aparecen como un fundamento sólido, sino como los restos de naufragios antecedentes, esto no impide la construcción y (re)apropiación de sentidos, sino todo lo contrario. Introduciendo en el análisis el elemento retórico, Kellner nos permite pensar la conflictividad y disputabilidad inherente a la constitución de sentidos y, así, a los propios estudios históricos: toda situación retórica está necesariamente atravesada por una consideración política del lenguaje. La figuración, lejos de lo que consideraba Lang, no es tan solo estética y ornamento, no es distorsión de algo dado, sino que aparece en la *situación retórica* como formando parte de un proceso práctico, necesario y disputado de disposición y composición argumental. Así, reconocer el modo en el que “lo literario” se inscribe en el proyecto histórico, como en el caso de Scott, o reconocer los aspectos estéticos, retóricos y persuasivos de toda disputa por el sentido en el marco de una *situación retórica*, en el caso de Kellner, es justamente lo que revela la dimensión productiva del discurso. Gracias a este horizonte retórico que atraviesa las consideraciones kellnerianas y las propias prácticas historiográficas es que podemos descubrir, en esas mismas prácticas, un modo de acción e intervención (Lavagnino, 2019).

Pero, preguntarán lxs escépticxs, ¿cómo puede el reconocimiento de una situación, siempre parcial, puntual y contingente como lo es la situación retórica permitirnos siquiera pensar la objetividad del conocimiento? A partir de los aportes a la epistemología feminista de parte de Donna Haraway, nos proponemos, en la próxima y última sección, pensar una noción de objetividad que no solo sea compatible con las nociones de conocimiento histórico que hemos ido analizando a partir de algunos aportes narrativistas y críticos, sino que, además, permita introducir a nuestro análisis nociones como la de responsabilidad.

### **Conocer objetivamente o de cómo construir una práctica de visión responsable**

En su artículo “Posmodernismo y ansiedades textuales”, Hayden White señala, a partir de las críticas de Himmelfarb, que, si las nociones posmodernas de historia están informadas por una crítica a la “ideología del objetivismo”, esto no quiere decir que estén en contra de la verdad y ancladas a formas de la fantasía o la ficción (White, 1999). Al contrario, estas críticas están atravesadas por un fuerte interés por lo *real*, pero son capaces de reconocer que toda *realidad* es siempre construida discursivamente y “descubierta” en una evidencia histórica que, como vimos con Kellner, debe estar previamente codificada. Así, estxs autorxs también serían conscientes de la dimensión construida y constructiva de la propia noción de “objetividad”, lo que pone al descubierto la necesidad de pensar versiones de objetividad que, como señala LaCapra, no deban necesariamente identificarse con el objetivismo (LaCapra, 2014).

Este es el caso de la doctrina de la objetividad encarnada que Haraway propone buscando acomodarse a “proyectos de ciencia feminista paradójicos y críticos” (1995, p. 11). Lejos de nociones ingenuas y perniciosas de la objetividad, que, ocultando sus sesgos, prometían trascendencia de todos los límites y responsabilidades, Haraway propone una versión de objetividad feminista, que sea a la vez utilizable pero no inocente, que podría ser útil a la hora de concebir un conocimiento histórico situado y objetivo (Haraway, 1995). Lo que no puede ser confundido, de ninguna forma, con un relativismo.

Al igual que la totalización en las ideologías de la objetividad, el relativismo es también una forma de negar la encarnación y la perspectiva parcial que son las que, siguiendo la metáfora que utiliza Haraway, posibilitan cualquier *visión*. El relativismo y la totalización prometen “la visión desde todas las posiciones y desde ningún lugar” (Haraway, 1995, p. 14), pero no hay nada más irracional que creer estar viendo algo desde ninguna parte. Así, retomando nuestra pregunta anterior, el reconocimiento de una situación, siempre parcial, puntual y contingente no es una forma de negar la objetividad, sino que, si consideramos una noción de objetividad crítica, se torna la única manera de concebir la búsqueda objetiva, sostenida y racional de cualquier tipo de conocimiento (Haraway, 1995). Ahora bien, no solo se trata de reconocer la situación en la que estamos inscriptxs: sino de

ver, además, que “ocupar un lugar implica responsabilidad en nuestras prácticas” (Haraway, 1995, p. 17).

Nos parece que ya podemos, entonces, volver a ocuparnos de las inquietudes de Berel Lang y Mary O’Hare, que también son las nuestras. Si la preocupación que atravesaba sus posturas era sobre la posible distorsión de los hechos a partir de nuestros relatos, articulados y (con)figurados, creemos que no hay historia más distorsionada que aquella que pretenda ser contada desde ningún lugar con un lenguaje que no existe. El posicionamiento, la situación, la parcialidad e incluso la duplicidad de las narrativas no socava las pretensiones epistémicas de la investigación histórica, sino que, si concebimos una noción de conocimiento crítico y una noción de objetividad encarnada, es solo esta localización la que permitiría la producción de un conocimiento objetivo. Ahora bien, esta situacionalidad, que está atravesada a su vez por elementos literarios y retóricos, por consideraciones éticas y políticas, implica, a la vez, una responsabilidad sobre nuestras prácticas. En definitiva, siguiendo a Haraway, nuestras prácticas visualizadoras conllevan una violencia implícita: “la visión es siempre una cuestión del «poder de ver»” (Haraway, 1995, p. 15). Así, si Haraway se pregunta con la sangre de quién están hechos nuestros ojos, nosotrxs deberíamos preguntarnos, para finalizar, ¿con qué tinta se escriben nuestras narrativas?

## Conclusión

Importa qué historias contamos para contar otras historias,  
qué pensamientos piensan pensamientos,  
qué historias crean mundos, qué mundos crean historias.  
— Donna J. Haraway, *Seguir con el problema*

No da lo mismo qué historia(s) contamos ni cómo lo hacemos y, en eso, creemos que tanto Mary O’Hare, como Lang, están en lo correcto. Pero hacernos cargo de la contingencia de todas las afirmaciones de conocimiento y de lxs imperfectxs sujetxs conoedorxs que somos (Haraway, 1995), de la disputabilidad de los sentidos de los que, en el marco de una situación retórica, nos buscamos (re)apropiar (Lavagnino, 2019) y de lo discursivo, lo literario, lo político y lo histórico que constituye las propias categorías que utilizamos a la hora de producir conocimiento (Scott, 1991), no debe ser visto como una forma de atender contra las pretensiones epistémicas de una disciplina que es fundamental a la hora de establecer horizontes de sentido e intervención parcialmente compartidos: si Mink tiene razón y somos nosotrxs quienes somos lxs encargadx de determinar y tornar significativo el pasado, entonces debemos poder compatibilizar, parafraseando a Haraway, nuestro compromiso con la construcción de versiones fidedignas de un pasado *real*, con la contingencia de las disputas y accidentes a partir de las cuales podemos, de manera responsable, construir mejores versiones de ese pasado.

Así, si dejamos de lado isomorfismos obtusos o representacionalismos ingenuos, y estamos dispuestxs a aceptar modos críticos de abordar la producción

de conocimiento y nociones de objetividad no inocentes, creemos, entonces, que contar historias puede ser una forma válida de producir conocimiento *objetivo* sobre pasados *reales*. Lo que no quiere decir que esas narrativas y esos pasados no conformen, al mismo tiempo, un campo de disputa por los sentidos, y que el conocimiento no sea, de hecho, una apuesta al mismo tiempo peligrosa, colectiva, contradictoria y, sin embargo, posible y necesaria. Y, mientras nosotrxs nos abocamos a esta difícil tarea, los pájaros, los primeros escépticos, siempre podrán seguir diciendo todo lo que, según ellos, habrá para decir sobre el conocimiento histórico, algo como, "¿Pío-pío-pi?"

## Referencias bibliográficas

**Carr, David.** (1986). Narrativa y el mundo real: un argumento para la continuidad. *En History and Theory*, vol. XXV, N 2, pp 117-131. Traducido por Verónica Tozzi.

**Danto, Arthur Coleman.** (2014). Capítulo VIII: Oraciones narrativas. *En Narración y conocimiento* (pp.199-245). Prometeo Libros.

**Haraway, Donna Jeanne.** (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La invención de la naturaleza*. Cátedra.

**LaCapra, Dominick.** (2014). *Writing History, Writing Trauma*. John Hopkins University Press.

**Lavagnino, Nicolás.** (2019). Consecuencias del narrativismo: Alegoría, argumentación y retórica en la filosofía de la historia de Hans Kellner. *Páginas de Filosofía*, 20(23), 115-140. <http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/filosofia/index>

**Mink, Louis.** (2015). *La comprensión histórica*. Prometeo libros.

**Scott, Joan Wallach.** (1991). The Evidence of Experience. *Critical Inquiry*, 17(4), 773–797. <https://doi.org/10.1086/448612>

**Vonnegut, Kurt.** (1991) *Matadero Cinco: La cruzada de los niños*. Editorial Anagrama

**White, H.** (2003). La trama histórica y el problema de la verdad en la representación histórica. En H. White & V. Tozzi (Eds.), *El texto histórico como artefacto literario* (pp. 107-139). Paidós.

**White, H.** (1999). *The fiction of narrative: Essays on history, literature, and theory, 1957-2007*. The Johns Hopkins University Press.

**Zagorin, Pérez.** (1999). *History, the referent, and narrative: Reflections on post-modernism now*. *History and theory*, 38(1), 1-24. <https://doi.org/10.1111/0018-2656.731999073>

## Cómo citar este artículo:

Martinez Mayer, L. (2024). Sobre tierras movedizas: una defensa de la objetividad situada del conocimiento histórico *Trazos-Revista de estudiantes de Filosofía*, 1(8), 26-37

